

Levantóse el sitio de Bilbao, y empezaron las operaciones de Concha sobre Estella. La vispera de la batalla de Monte Muro, el general Martínez Campos, que mandaba la izquierda, se hallaba con el general Camilo Polavieja, en una casa de Lacar, donde Boet se había antes hospedado como coronel carlista, y viendo Martínez Campos que el patron le conocía tanto, acordó con Polavieja dejarle un paquete de puros habanos, y este billete, de cuyo original sacamos copia: «30 Abril 1874. Saluda cariñosamente á Boet, y le da afectos de su defensor en Cuba aquí presente.—Camilo Polavieja.—No se olvide dar noticias suyas.—Camilo Polavieja.—Martínez de Campos.» Este señor ignora aún lo que fué de su billete y del paquete de puros. Ahora sabrá que el billete está en poder de Boet, y que los puros se los fumó un agregado de boinas.

Hallábase ya Boet en el Centro, de comandante general de los carlistas de Aragon, cuando recibió la siguiente carta. Segun se verá, es de su antiguo superior, el general Federico Salcedo. «Santa Cruz de Tenerife y Diciembre 24 de 1874.—Señor don Carlos Gonzalez Boet. Mi muy querido amigo: desde su última, que recibí fechada en Liverpool al 22 de Setiembre de 1873, nada sabía de Vd., y suponía se encontraría prestando sus servicios en las filas carlistas... Con tal motivo hace tiempo escribí á mi hijo político Carlos, que también le quiere á Vd. mucho, para que en algun armisticio, ó por otro medio precedente, se procurase noticias suyas, que yo deseo tener; porque Vd. sabe bien que le quiero, y que su suerte no puede serme indiferente, y que mucho me alegraría estuviere en mi mano.»

«Hace unos dias que por los periódicos supe su verdadera situacion: y como brigadier del ejército carlista y hoy comandante general de sus fuerzas en Aragon, conociendo las brillantes y sobresalientes condiciones de Vd., COMO MILITAR y CABALLERO, sé que no tardará en darse á conocer.»

«Con cuánto placer le tendria á Vd. á mi lado no hay que decirlo, conociendo Vd. el cariño que le profeso, así como el sentimiento que me acompaña por vernos separados, militando en diversos campos, por más que yo hasta hoy no haya tenido afortunadamente intervencion alguna en la guerra. Y digo afor-

tunadamente; porque siendo todos españoles es sensible la sangre que de una y otra parte se derrama, como lo es el recordar que nuestros padres lucharon juntos en 1808 por la defensa de su independencia en los mismos puntos que hoy luchamos nosotros separados, y que solo nos unimos en las fosas que se abren en esos campos despues de horrible batalla.»

«Mucho me acuerdo de nuestra campaña de Cuba en que tuve el gusto de que sirviese Vd. á mis órdenes, en donde tan buenos servicios Vd. prestó; servicios que fueron recompensados con la MAYOR INGRATITUD POR LA ENVIDIA, CELOS É INTERESES DE ALGUNOS MALOS ESPAÑOLES, que Vd. como yo conoce.»

«Mucho me acuerdo de aquel tiempo en que yo decía que CON UNA DOCENA DE JEFES COMO BOET ME COMPROMETIA EN SEIS MESES Á TERMINAR LA GUERRA.. Me valgo de... para que esta carta llegue á su poder, sin más objeto que el de saludarle, enviarle un cariñoso abrazo, y repetirle que mi cariño jamás le faltará, sea cual fuere la situacion en que Vd. se halle; y que deseo que el cielo proteja su vida, y llegue un dia en que obtenida la paz, y con ella la ventura de nuestra desgraciada pátria, pueda yo tener el gusto de darle un estrecho abrazo. Dígame dónde se halla su señora esposa, ó si pudiese serle de alguna utilidad.—FEDERICO SALCEDO.»

Retrocedamos. Una vez en Estella, Boet recibió el encargo de organizar, como coronel, unas fuerzas aragonesas, y formar de ellas un regimiento. Así lo hizo, y al frente de este cuerpo asistió á los sangrientos combates de Bilbao, donde fué herido de un balazo en el cuello, y tomó parte en la batalla de Monte Muro, donde murió el general Concha. Encargáronle al dia siguiente en Abarzuza la custodia de los prisioneros, y oponiéndose á los aldeanos y á los voluntarios navarros que querian degollarlos en venganza del incendio del pueblo, los salvó de una muerte cierta, esponiendo su vida y su reputacion de carlista. Esto dió lugar á que los prisioneros le diesen mas adelante un testimonio público de gratitud, insertando uno de ellos en el *Imparcial* de Madrid una carta en la cual contaba los hechos, encarecía el favor que el señor Boet le había hecho, y se lo agradecía en nombre de todos.

Despues de Monte Muro fué promovido á brigadier y enviado al Centro, donde don Alfonso le nombró comandante general de las operaciones de Aragon. Halló Boet las cosas carlistas del distrito en un estado desastroso, sin administracion, ejército, ni organizacion alguna; y poniéndose á trabajar de dia y noche, lo reformó todo en poco tiempo. Separó del ejército la administracion civil y militar á fin de cortar abusos; entregó estos ramos á los diputados aragoneses; redujo la participacion de los cuerpos en los trabajos de administracion á las funciones mas sencillas, como eran pedir á los diputados lo que les faltaba; estableció una rigurosa contabilidad en los batallones, mandando que no pudiese sacarse un cuarto de las cajas, sin la intervencion de tres firmantes; reformó la disciplina y la plana mayor, con tanta habilidad como justicia. Al poco tiempo su division parecia un cuerpo de tropas regulares y aguerridas.

El 5 de Febrero del 74 sorprendió la ciudad fortificada de Daroca, la tomó por asalto, y despues de doce horas de terrible combate, se apoderó de ella haciendo prisionero casi todo el regimiento de caballeria de Almansa. El 14 de Marzo en la Fresneda presentó con fuerzas inferiores batalla á la columna de Callejas que la rehusó dos dias, y se retiró á Alcañiz, perseguido y desmoralizado. El 5 de Julio toma por sorpresa y asalto á Cariñena, y hace prisionera á la mayor parte de la guarnicion, y aunque algunas columnas corren á interponérsele para cortar la retirada, las engaña, y silva el botin de su empresa. Inmediatamente empezó una serie de marchas y contramarchas para reventar y aturdir á las columnas liberales, desplegando una táctica tan hábil, que son un modelo en su género.

Conociendo el gobierno que Boet iba dando un carácter grave á la guerra del Centro, temió los sucesos que podrian sobrevenir, en vista de aquellas muestras de pericia, y de los avisos que Martínez Campos y otros militares le daban de los talentos de Boet, y concentró en el Centro mas de 60,000 hombres de todas armas, á fin de acabar con él y con Dorregaray, que también le molestaba mucho.

Entonces Dorregaray y Boet, que apenas contaban con 16,000 hombres mal armados y sin municiones, se unen, y se retiran á Cataluña.

Dorregaray, que era el general en jefe de todo el Centro, y que estaba enfermo, encargó á Boet la direccion de la retirada; y éste escapó de las manos de sus enemigos por medio de una marcha de 80 kilómetros, que fué teleografiada á Europa como una de las operaciones mas brillantes de la época. En Cataluña se separó con su division de la de Dorregaray; y despues de la caída de la Seo de Ugel, concibió el proyecto de volver al Norte, y engañando á los alfonsinos, escapó de sus manos y entró en Aragon.

Pero habiéndosele anticipado el telégrafo, la columna Delatre le cierra el paso, cogiéndole sin municiones entre los Pirineos nevados y un rio. Boet contiene al enemigo con las pocas municiones que le quedaban, y abriéndose paso entre la nieve, salva á su gente, y entra en Francia, donde las tropas francesas le desarman, é internan en Tours.

A los pocos dias huye de Tours, engañando á la policia francesa; llega á Bayona; busca guías, y acompañado de ellos vuelve á Navarra, donde don Carlos le da el mando del regimiento aragonés que antes había organizado, y lo nombra mariscal de campo. Tomó parte en varios consejos de guerra; desaprobó las obras de defensa que se estaban haciendo, y aunque el Pretendiente le ofreció varias veces el mando en jefe, lo rehusó, conociendo que la guerra estaba perdida.

Concentrados en el Norte todos los ejércitos liberales, Boet tomó parte en las últimas operaciones, y cuando don Carlos se refugió en Francia cubrió con el mayor orden su retirada, y protegió eficazmente á los pueblos navarros de los desmanes de los carlistas desbandados, que los saqueaban é incendiaban. Léjos de aprovecharse de la ocasion para recoger dinero, imponiendo con pretexto de mantener á sus tropas, contribuciones sobre el territorio por donde pasaba, hasta los alivió en lo que pudo, y al entrar en Francia llevaba 15 pesetas en el bolsillo.

Al regresar don Carlos de América, lo nombró ayudante suyo y jefe de su secretaria política con un buen sueldo anual, cuyo empleo aceptó, esperando que lograria corregir los defectos del Pretendiente, y dar al partido carlista un carácter serio que lo realizase. Pero como algunos le vaticinaron que se estre-

llaría, había decidido retirarse si despues de dos ó tres años de esfuerzos no lograba moralizar un poco á don Carlos. A pesar de sus consejos, trabajos y sacrificios, se estrelló en esta parte de su tarea, y se preparaba ya para aprovechar la primera ocasion de retirarse, cuando sobrevino lo del Toison.

¿Era, pues, este hombre capaz del robo de que le acusaba don Carlos? Nos parece que todos los lectores dirán que no, y que su juicio estará en un todo conforme con el de los jurados de Milan.

XLIII.

BIOGRAFÍA POLÍTICA Y PRIVADA DE DON CARLOS.

Don Carlos es hijo de don Juan de Borbon y de María Beatriz, archiduquesa de Austria. Este, segunda hija del duque Francisco IV de Módena; nació el 30 de Marzo de 1848. Su padre era un poco tronera y despreocupado, y su madre una pobre mujer, devota, fanática y medio mentecata. Al salir de la iglesia, despues de casarse, como don Juan dirigiese á doña María Beatriz una galanteria, la novia repuso friamente: «¿Para qué imaginas que me he casado?»—«Supongo que para tener la dicha de serlo, y labrar mi felicidad, contestó don Juan.»—«Te engañas, dijo la novia. Me he casado para ser devota con más libertad que cuando era soltera, porque mi familia no me dejaba seguir mis devociones como yo deseaba, y ahora, que soy casada, podré hacerlo.»

En efecto, doña María Beatriz se entregó á la iglesia con tanto abandono, que parecia una maniática. Disipaba las rentas de la familia en misas, funciones religiosas de gran aparato, limosnas á conventos de monjas y de frailes; en fundaciones de obras pías, de casas de retiro y de nuevos conventos; no se cuidaba para nada de los asuntos de su casa; y una mañana su marido sorprendió al confesor de ella oculto en la alcoba nupcial, estando todavía acostada doña María Beatriz, lo que se interpretó por unos en un sentido de adulterio, y por otros se creyó que no era más que un exceso de celo religioso, y que la pobre mentecata había llamado á su confesor por escrúpulos de haber pasado una noche de amor con su marido.

Don Juan debió intervenir en los despilfarros de su mujer, lo cual irritó á ésta de mala manera. La familia de la archiduquesa murmuraba mucho de don Juan por sus tendencias liberales y por el desparpajo con que hablaba del clero y del catolicismo; y aunque reprobaba las exageraciones religiosas de la archiduquesa, le dió la razon contra su marido por ser poco ortodoxas las opiniones políticas de éste. Don Juan tenía queridas, como los demás varones de la familia, y la familia le hizo un crimen de esto, por no unir á la disipacion de costumbres las ideas mas absolutistas.

Irritado por esta hostilidad, determinó don Juan retirarse á Inglaterra con su esposa; pero ésta se negó á seguirlo con pretexto de que siendo este país una tierra de protestantes, su celo católico no le permitía vivir en ella. Tanto por esto, como por otras causas, los cónyuges se separaron; don Juan fué á establecerse en Lóndres, y doña María Beatriz se quedó en Módena con los dos hijos que tuvo de su marido; Carlos que era el mayor, y Alfonso, el que despues fué héroe de los atropellos de Cuenca y otras partes.

El duque de Módena aisló en seguida á estos dos chicos de todo español; dióles por ayo á un absolutista acérrimo, calavera procaz y religioso fanático, llamado duque de Molsa; rodeólos de frailes y curas de un celo vehemente, y encomendó sobre todo que se les desarraigara todo lo que oliera á las tendencias políticas paternas. El duque y los eclesiásticos enseñaron á los chicos á ser absolutistas, disimulados, holgazanes, voluntariosos, ignorantes, pérfidos, hipócritas y soberanamente orgullosos; y no solo lograron que no se parecieran nada á su padre, en lo que toca á las tendencias generosas, sino que fueran de una soberbia y disimulo grandes.

Quien se distinguió más en estas prendas fué don Carlos; pues además de ser más ignorante que su hermano, le aventajaba en todo lo que se referia á malas ideas y pasiones. Así como en Alfonso se observaba alguna aplicacion al estudio, cierta moderacion en el trato, y alguna conviccion religiosa, en don Carlos se veía á un chico holgazan por temperamento, farsante por naturaleza, ateo por carácter, hipócrita por malicia, malvado por gusto, cobarde por mezquindad y vicioso por voluptuosidad ingénita.

Engañaba con mucha sutileza á su ayo y á su director espiritual; tiraba los juguetes y libros á la cabeza de los personajes que le servian, aunque fuesen eclesiásticos; se burlaba y se mofaba de ellos sin ningun recato, y les hacia mil otras afrentas de lo más brutal que se le ocurría, y de lo más insolente que cabe imaginar.

No solo ellos lo toleraban con la mayor paciencia, sino que hasta se enorgullecian de ello, ponderando el talento y despejo que S. A. demostraba en aquellos entretenimientos. A sus golpes, á sus insultos, dicharrachos é injurias contestaban con cortesanías sonrisas, aparentando darse por honrados con aquel trato. Un dia don Carlos arrojó un vaso de vino á la camisa de uno de los eclesiásticos que estaban encargados de su instruccion, lo que el eclesiástico celebró como una de las ocurrencias más felices de un príncipe. Aunque Alfonso fuese imbuyéndose en las mismas ideas, se abstenía de aquellas indecencias y se portaba mejor con sus maestros. Don Carlos se lo reprobaba crudamente y lo trataba de asno y pacato, diciéndole que nunca seria nada, ni sabría divertirse y vivir.

Tenía don Juan alguna noticia de lo que se hacia con sus hijos, pero tan vaga, que más bien adivinaba que sabía lo que estaba pasando; y deseoso de conocerlo con exactitud, procuró que algun emisario suyo los viese y hablase. Pero tal era el cuidado con que se les recataba de las tentativas de su padre, que no le fué posible lograrlo. En cuanto á su madre no se cuidaba un momento de ellos, dándose por tranquila de verlos en manos de tantos y tan ortodoxos sacerdotes católicos. Atenta á sus devociones, no se ocupaba sino en orar y proteger al clero. Los demás de la familia hallaban muy conforme aquella educacion, por haber sido todos criados del mismo modo, y creer que los magnates deben sufrir todas las impertinencias de la gente de sangre real.

Los sucesos de San Carlos de la Rápita y la abdicacion del conde de Montemolin pusieron en espectáculo á don Juan, que hasta entonces había hecho una figura muy inútil en la política, y empezaron á destacar á don Carlos dándole á entrever esperanzas halagüeñas. Don Juan quedó, por aquella renuncia, como jefe del partido carlista y heredero de los de-

rechos que se arrogaba su familia sobre la nacion española; y aunque Montemolin se condolió de pasar á la vida privada y se retractó de su abdicacion, el conde de Chambord no le quiso reconocer, y el derecho de don Juan quedó firme.

Don Carlos, que solo contaba entonces doce años, supo con alborozo lo que ocurría entre su tío y su padre; y por mucho que le hubiesen enseñado á odiar á éste, y no solo no lo hiciese caso, sino que lo despreciase por liberal y tonto, le dió la razon y se puso de su parte, viendo que de su rebeldia dependía su propia elevacion á pretendiente y á jefe del partido carlista. Los primeros actos de don Juan le alentaron extraordinariamente; pues éste cediendo á su carácter, en 2 de Junio del 60 envió una comunicacion á las Córtes españolas, renunciando á adquirir el trono por medio de la guerra, y mostrándose partidario de soluciones liberales; y el 4 de Julio del mismo año dió un manifiesto, donde se declaraba partidario de las reformas materiales y políticas y de la libertad omnimoda.

Estas declaraciones produjeron malísimo efecto entre los carlistas y los extranjeros que los apoyaban; y se dió á entender á don Carlos que la conducta de su padre seria tal vez causa de que fuese elevado á cabeza del carlismo antes de la muerte de don Juan, lo cual causó al ambicioso y corrompido chico una gran alegría.

Mientras el conde de Montemolin vivió, la cosa estuvo indecisa; pero habiendo muerto aquel mismo año, quedó don Juan como representante indiscutible, y don Carlos fué ya tratado definitiva y terminantemente como heredero de un rey. A consecuencia de la formacion de la nacionalidad italiana, los soberanos de Módena habían caído, y la madre de don Carlos fué á vivir á Gratz, y los chicos fueron trasladados á Venecia, que todavía se hallaba en poder de Austria.

Don Juan, que era ambicioso y necesitaba dinero, apenas se vió libre de la competencia de su hermano Montemolin, se puso á trabajar activamente para destronar á Isabel de Borbon, y ponerse la corona de España; y desconfiando de la eficacia de los elementos carlistas, procuró atraerse á las personas que formaron parte de la conspiracion de San Carlos de la Rápita, que eran muchas, muy importantes y alta-

mente colocadas. En efecto, doña Isabel, que ya entonces empezaba á enagenarse el respeto de los progresistas, se había ya enagenado el de casi todos los moderados, por su transigencia con los unionistas, y los moderados habían entrado casi en masa en la conspiración de Montemolin.

Don Juan, pues, fué á Madrid y á diversos otros puntos de España, donde organizó un fuerte pronunciamiento, comprometiendo á generales y coroneles; conferenció con Napoleón III, que le recibió bien, por ser enemigo de la rama isabelina y serlo todavía más la emperatriz; hizo hablar al conde de Cavour, que no le recibió bien, por haber contraído compromisos en el caso de que cayera Isabel; y finalmente, tomó todas aquellas disposiciones que creyó convenientes para alcanzar su objeto.

Pero viéndose débil, conociendo que los trabajos serían lentos, y no pudiendo su vida galante esperar el resultado, por la pobreza en que se hallaba, resolvió deshacerse de todo, adquirir la posición de infante de España, y vivir bien. Así es que el 26 de Julio del 62 escribió dos cartas á doña Isabel, reconociéndola por reina en nombre de él y su familia, y renunciando á todos los derechos que él y esta pretendían tener. Conocieron los unionistas el objeto del calavera de don Juan; y según unos, se negaron á aceptar su reconocimiento, despreciándolo completamente; y según otros, le impusieron la obligación de que presentase también á sus hijos. Esta versión parece que ha circulado mucho entre la misma familia de don Juan. El caso es que la renuncia no produjo efecto alguno.

Viendo los carlistas la conducta de su jefe, volvieron los ojos á don Carlos, quien reventaba de gozo de ver que la muerte de su tío y la conducta de su padre lo ponían tan pronto en el pedestal político. Se hizo ya tratar de rey por los que le rodeaban, y se daba aires de tal con una pomposidad é insolencia que hubieran reventado á cualquiera que no fuese de los corrompidos y vagos cortesanos que lo educaban. La ruptura definitiva de los progresistas, demócratas y unionistas con Isabel de Borbon, exaltó sus esperanzas; y viendo don Carlos que era inevitable la caída de aquella, tomó en seguida sus precauciones para servirse de tal acontecimiento.

Como era incapaz de concebir ningún plan, aconsejaronle que ante todo pidiese explicaciones á su padre sobre la renuncia y el reconocimiento que había hecho el 62, y declarando que en caso de ser ciertas, entendía reivindicar y tomar los derechos que pertenecían á la familia. Escribió esta carta en Setiembre del 66, y no habiendo obtenido respuesta, empezó á obrar como pretendiente definitivo, y pasó á Gratz, dándose el tono de futuro soberano.

A pesar de no tener más que diez y siete años, era ya un tipo de fátuo necio y de calavera corrompidísimo y procaz. Su ignorancia era grande; su vanidad ilimitada; su hipocresía extensa; su carácter falso y malicioso; su desprecio de los hombres arraigado; su temperamento vicioso, su capricho y volubilidad infinitos. Tenía una ciega pasión por las mujeres, y cuanto más corrompidas y prostitutas eran, más le agradaban; huía de las honestas, ó de las que gustaban de ser conquistadas, porque le fastidiaban y cansaban, y no sabía hacerles la corte; y prefería las que se entregaban por dinero, las cuales no requerían tanta retórica; se burlaba del catolicismo y del clero católico, como también de todas las religiones; se tenía por un grande hombre y por una cabeza de génio; despreciaba las ciencias y las artes, no veía en la industria y el comercio sino medios de hacer dinero, y desechaba la carrera militar por los peligros y quebrantos que á veces costaba.

Sentíase abrasado por una inmensa ambición, quería ardientemente ser rey, y estaba dispuesto á todo para lograrlo, tomando el camino que fuese más corto y más rápido. Le atormentaba la falta de dinero, y al entregarse á sus vicios, siempre luchaba con esta necesidad; se lamentaba de ella y juraba resarcirse, si un día subía al trono. Pero como era tan inepto, no sabía como componérselas para llegar al trono, y solo pensaba que aprovecharía la primera ocasión que se le presentase, cualquiera que fuese el que la trajese. Sin duda la idea de serlo por el concurso de carlistas, unionistas, progresistas y demócratas se le ocurrió vagamente más de una vez, y le pareció excelente.

Pero si estaba dispuesto á valerse del auxilio de todos, no lo estaba á ser rey constitucional. Le habían enseñado á ser absoluto, y no solo lo había aprendi-

do bien, sino que su naturaleza se había hallado conforme con aquella enseñanza. Era un verdadero niño despótico; un verdadero monarca absoluto; un verdadero tipo de patron de negros. No podía convenir ni en lo más mínimo con la menor idea de libertad política. Quería la corona para mandar, ser rico, gozar, atormentar, divertirse, en fin, para oprimir á una nación, y disfrutar del mal que hiciese. Pocas veces se ha visto un conjunto más perverso de malas cualidades.

Aunque la educación hubiese dado los frutos que se propusieron los parientes de don Carlos, hallaron que éste se había excedido, y tanto los paternos como los maternos temieron que aquel chico les daría muchos y grandes disgustos. La pasión por el vicio que tan precozmente demostraba; la alevosía que en todos sus actos se veía; la cinica desfachatez de sus palabras; la grosería y destemplanza de su trato; la completa falta de condiciones caballerescas y decentes; el desprecio que mostraba por el decoro personal y social; el desapego por la amistad, el parentesco y hasta la familia, le enagenaron todas las simpatías de sus parientes, quienes le tuvieron por mil veces peor que su padre don Juan.

El duque de Módena, su tío, que le había hecho de padre, le midió de pies á cabeza, y le tuvo por uno de los niños más perversos que jamás hubiese conocido. Este juicio era de gran importancia, porque como el duque de Módena era viejo, y poseía una de las más grandes fortunas de Europa, don Carlos parecía destinado á heredarle, no solo por el parentesco, sino también por la posición política que ocupaba; y aquellas opiniones no podrían menos de ser un obstáculo para alcanzar la herencia. Previólo vagamente el chico, y desde entonces empezó á odiar á su tío, y á murmurar de él, mostrándole la aversión y desprecio que más tarde resumió en aquellas indecentes palabras de que el Toison era el *As de oros de su tío*.

La familia imperial austriaca, que aunque absolutista también, estaba educada con formas más severas que las familias reales de Italia, juzgó todavía con más severidad á don Carlos; y además de tenerlo por un muchacho malísimamente criado y profundísimamente pervertido, lo tuvo por ignorante, tonto,

TOMO II.

malo, bellaco y pillastron. La voz de que era un perulario en toda la aceptación de la palabra se extendió rápidamente en la corte austriaca, y se procuró impedir que los jóvenes de la familia imperial se tratasen y rozasen con él, por miedo de que les comunicase su corrupción y perversidad. En efecto, de aquel tiempo data la indiferencia, fría hostilidad y aparente desconocimiento que los archiduques austriacos le muestran siempre que le encuentran.

También afectaron aquellas costumbres al conde de Chambord, que teniéndose por todo un caballero, estaba indignado de tener un sobrino tan anticaballeresco. Juzgaba malísimamente de él, si más adelante no se corregía; quejándose de sus escandalosas costumbres; se condolía de sus ordinarios modales; y sobre todo, se indignaba de saber que en materias religiosas era un ateo, ó cosa parecida; que hacía mofa del catolicismo y de sus ministros; que insultaba á los sacerdotes de su casa, y ponía en ridículo las cosas más santas ante las mujerzuelas de Venecia, con las cuales pasaba gran parte del día.

Pero quien había formado peor concepto de don Carlos era Cabrera, á pesar de hallarse en Londres. Cabrera había logrado saber punto por punto todos los detalles del carácter y educación de don Carlos; y se había imaginado un retrato tan malo y tan exacto de él, que estaba seguro de que si reinaba, sería peor que un Nerón y un Calígula. Le había medido matemáticamente, y le tenía por ignorante, soberbio, vano, ridículo, egoísta, vicioso, lividinoso, sediento de dinero y de voluptuosidades groseras y corrompidas; le tenía por neciamente despótico, por ingrato, despreciador de favores y servicios, embustero, sin dignidad ni patriotismo, incapaz de ser jefe de partido, y mucho menos rey de una nación. Así es que no solo no estaba dispuesto á ayudarle á alcanzar la corona de España, sino que le desacreditaba cuanto podía entre sus familiares, á fin de impedir que los carlistas le hicieran caso.

XLIV.

El primer acto político de don Carlos fué, según dijimos, la carta que escribió á don Juan, su padre, en Setiembre del 66, reivindicando los derechos rea-

les de su familia, y haciéndose cargo de ellos como su hijo mayor. La ruptura de doña Isabel con todos los elementos liberales de España había inspirado á los consejeros del chico aquella carta, pues él, ocupado todo el día en inventar ruindades para hallar dinero, y en sus placeres de prostitucion, era incapaz de idearlo.

Al pasar á Gratz, inmediatamente despues de este acto, tomó ya el tono de rey, á pesar de no haberle contestado su padre, ni de haberse averiguado si éste recibió la carta. Empero el partido carlista ya había puesto los ojos en don Carlos, y le reconocía por jefe, con muy pocas excepciones. Sin embargo, el duque de Módena reprobó enérgicamente el título que se dió á su sobrino, y se negó á reconocerlo, haciendo lo mismo el conde Chambord, con no ménos energía. Estas reprobaciones contrariaron mucho á don Carlos, por el mal que le hacían entre los austriacos y los legitimistas franceses. Pero no le contuvieron, porque los carlistas se cuidaron poco de ellas.

Este partido empezaba á levantar la cabeza desde que doña Isabel había reñido definitivamente con los liberales, y viéndola tan débil, tan desamparada y desacreditada, empezaba á creer que le sería fácil destruirla, y colocar á don Carlos en su lugar. Unos casi se lisonjaban de lograrlo antes que llegase la revolucion liberal, y otros opinaban que despues del letargo del partido carlista, este no podría triunfar, sino aprovechándose de la revolucion. Así es que había quien quería acudir en seguida á la lucha, y quien prefería esperar. Don Carlos, que era un imbécil, no discernía lo mejor, pues lo único que veía claro era que quería ser rey para mandar y obtener sin necesidad de galanterías las mejores mozas de España, y poseer cuanto dinero quisiese. Pero la falta de elementos le obligó á estar quieto, y por entonces los carlistas se redujeron á contarse, darse esperanzas y agitarse.

En Noviembre de 1867, un progresista llamado Cascajares, tan lleno de buenas intenciones, como lijero de caletre, se presentó en Gratz, y solicitó una entrevista de don Carlos, quien se la concedió en seguida. Cascajares se declaró relacionado con los principales emigrados progresistas; dijo haber consultado con ellos el paso que estaba dando, y propuso á don

Carlos la corona de España mediante ciertas bases liberales. Al oír tan halagüeñas proposiciones, el belloco perdió la chaveta; y como no entendía una palabra en política, manifestó en frases de sentido general que no era absolutista, ni mucho ménos; que estaba dispuesto á reunir unas córtes, y otorgar una constitucion, y que no deseaba ser rey de los carlistas, sino de todos los españoles. Mostróse enemigo del clero y de los demócratas, viendo que Cascajares también hablaba mal de ellos, y halagó en gran manera al partido progresista. Contentísimo el emisario de este lenguaje, explicóse mas, y propuso que se celebrase otra reunion á la cual asistiesen, además de ellos, Cabrera y algun importante personaje progresista, que representase á este partido. Don Carlos lo aceptó en seguida con la mayor efusion, y Cascajares partió luego para la residencia del general Prim.

El Pretendiente no cabía en sí de gozo; lo daba ya todo por arreglado; veía ya la corona ganada; y como manifestase sus esperanzas á la gente de su círculo, contestando á algunas observaciones, dijo que una vez en el trono, con los progresistas y los carlistas exterminaría á los demócratas, y luego con el auxilio de los carlistas exterminaría á los progresistas para quedarse rey absoluto. Escribió en seguida á Cabrera, pidiéndole que fuese inmediatamente á Gratz para asistir á la próxima reunion. Pero Cabrera que no solo tenía de él la idea que ya hemos dicho, sino que no quería ni reconocerle, se rió de todos aquellos proyectos, y le contestó que le era imposible salir de Lóndres, por el mal estado de su salud.

Don Carlos se encoleriza, y temiendo que esta excusa desbarate todas las negociaciones, se pone en camino para Lóndres, corre á buscar á Cabrera, y le ruega y suplica que no le abandone. Cabrera vacila, y al fin cede, para cubrir las apariencias. Entonces se acuerda proseguir las negociaciones en Lóndres, y se avisa á Cascajares. Había éste contado su visita á los principales progresistas, quienes le recibieron con desconfianza y frialdad, excepto Prim, que dudando de sus propias fuerzas para destruir á Isabel, no tenía reparo en tomar por auxiliares á los carlistas, con la misma doblez que procedía don Carlos contra ellos.

Prim manifestó á Sagasta la conveniencia de que

fuera á Lóndres á explorar el terreno, cuando menos para impedir que los carlistas embrollaran por sí solos los trabajos revolucionarios; y el señor Sagasta, despues de muchas vacilaciones, fué, aunque con gran repugnancia, y tuvo una entrevista preparatoria con Cabrera. Como ni el uno ni el otro querían llegar á un acuerdo, se separaron, dando por imposible la union.

Conoció el Pretendiente la mala voluntad de Cabrera, y empezó á tener por él un odio veheméntísimo; pero viendo que la autoridad del caudillo le hacía árbitro de la situacion, lejos de atacarlo, le mimó, y por consejo de sus cortesanos procuró imponérsele, haciendo que los carlistas le declararan rey de un modo solemne. Así es que á principios del 68 llamó á Lóndres á varios notables del partido, que se le mostraban adictos, á fin de celebrar un consejo donde se declarase sin representacion á su padre don Juan, y se le proclamase á él soberano. Avisado é invitado Cabrera, responde que ni don Carlos puede convocar aquella reunion, ni ésta declarar á don Juan degradado, mientras el padre, que continuaba poseyendo sus derechos, por las negativas del gobierno de Isabel, no renunciase la corona en su hijo.

Bramaba don Carlos de rabia, y juraba entre sus cortesanos que había de vengarse ejemplarmente de Cabrera; pero como creía próxima la revolucion española, y quería regularizar su situacion política para aprovecharse de ella, sedujo con halagos y promesas á los personajes que acudieron á su llamamiento, y ordenó á sus cortesanos que les hicieran una pintura deplorable de los vicios de su padre; y cuando estuvo seguro del éxito, el 20 de Julio celebra la junta, se hace proclamar rey y dar el título de duque de Madrid, y ordena que inmediatamente se proceda á la reorganizacion del partido en España, y á buscar fondos por cualquier medio que sea. Cabrera tachó todo esto de farsa asquerosa, y don Carlos regresó á Gratz, desde donde enviaba órdenes tras órdenes de recoger dinero y sublevarse pronto.

Viendo que el levantamiento no se hacía tan presto como deseaba y mandaba, en Setiembre del 68 deja en Gratz á su esposa enferma; corre á París, lleno de impaciencia y anhelo, é insta á unos y conjura á otros á que se empiece la guerra; que no se pase mas

tiempo en trabajos preparatorios, y que la gente comprometida se lance al campo. Contéstale ser imposible, tanto por falta de personal, como de dinero; y regresa á Gratz exaltado de ambicion y maldiciendo de la tardanza é indigencia de sus partidarios.

Estalla la revolucion de Setiembre, y don Carlos vuelve á París, y pregunta con coraje é ira cuando llegará el día de ir á Madrid. Dícenle que ahora es mas necesaria que nunca la cooperacion de Cabrera, y que éste no cederá, si antes no se conviene con su padre. Don Carlos vomita entre sus cortesanos un raudal de injurias contra don Juan y Cabrera, y maldice la mala suerte que tiene de que este par de hombres no hayan ya reventado. Les acusa de impedirle subir al trono de España, y jura que sin ellos ya estaría en Madrid, porque todos los españoles le esperan con los brazos abiertos.

En este intermedio don Juan llega á París; y apenas don Carlos lo sabe, solicita de él una entrevista, se le humilla, le adula, se muestra sumiso, finge conmoverse, y deplora hipócritamente su separacion. Don Juan le cree; intervienen hábiles negociaciones, y recaban su abdicacion á favor de don Carlos. Entonces vuelve éste con befa y escarnio las espaldas á su padre, comunica á los soberanos europeos la renuncia, y se declara rey constitucional. Cabrera le reconoce sin vacilar, pero se escusa de secundarle, porque lo halla demasiado bajo para ceñir la corona de España.

Don Carlos contesta con amenazas y sangrientas injurias; manda formar una junta de notables; ordena á ésta que reconozca á los conspiradores cubanos y les ofrezca todo lo que convenga; manda buscar dinero; persuade á su mujer para que venda sus diamantes, asegurándole que antes de mucho será reina de España; y sus consejeros, que tienen mas pudor que él, no permiten sino que los empeñe, lo cual produce 100,000 francos. Unas comisiones se presentan al duque de Módena, al conde de Chambord y á otros personajes, solicitando fondos; y el duque de Módena, de quien se creía que daría un millon, da sólo 200,000 francos, manifestando todavía temores de que éstos mas bien servirán para los vicios que para la política de su sobrino; el conde de Chambord por las mismas razones se niega á dar un cuarto y á